

La vocación y mística de la universidad que demanda la realidad de América Latina y el Caribe: Un desafío con la verdad y la justicia

En los tiempos actuales marcados por la globalización económica, científica y cultural, las Universidades están llamadas a dar respuestas en torno a estas realidades de suyo complejas, desde su propia especificidad, es decir, desde la docencia, investigación y proyección social.

Por la diversidad de situaciones e impactos que esta realidad económica, política y social está generando, esta respuesta científica, política, ética y social no puede ni debe ser superficial. En los tiempos actuales, marcados por la polaridad y la contradicción; por la opulencia de pocos y la pobreza de muchos; por las guerras fratricidas; por la violencia social exacerbada; por el capitalismo desenfrenado; por la crisis ecológica; pero también por los avances

en el campo de las ciencias y la tecnología, lo que está en juego es la vida en todas sus formas y manifestaciones, la dignidad, la justicia y la solidaridad. Las Universidades, como instituciones eminentemente sociales y políticas, no pueden ser indiferentes a esta situación.

En las décadas pasadas muchas universidades jugaron un rol político y social frente a los conflictos sociales derivados de la ruptura de las fuerzas vivas de la sociedad con el régimen político, de la pobreza, la exclusión social en el marco de la guerra fría y de las relaciones geopolíticas "Norte-Sur". Para el caso de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA), su compromiso con la búsqueda de la verdad, con la construcción de una sociedad justa y equitativa y con la defensa de los derechos humanos, le costó además de varios atentados, el asesinato de seis intelectuales, todos ellos sacerdotes jesuitas y dos mujeres inocentes y ajenas al trabajo científico y académico, pero vinculadas como víctimas inocentes a la injusticia promovida por los poderosos de este mundo.

La UCA supo ubicarse en la historia de El Salvador y en su praxis histórica fue consolidando su misión a través de la construcción permanente de su mística de trabajo con inspiración cristiana. Ignacio Ellacuría, el rector de aquel entonces, marcó la impronta con su talante y liderazgo y la UCA, con el pasar del tiempo, siendo fiel a su misión, sigue siendo fiel a este legado.

No obstante, los tiempos actuales no son los mismos y a pesar de que El Salvador, América Latina y el Caribe siguen enfrentando los mismos problemas estructurales, la coyuntura política, económica y social en el marco de la globalización y el capitalismo neoliberal, le ha dado un diferente contexto a la realidad. La presencia de estos viejos problemas articulados con una agenda interminable de nuevos problemas se convierten para las universidades y para la UCA en concreto, en un desafío y reto histórico y trascendental. Hoy, al igual que en las décadas pasadas, las universidades deben comprometerse con el cambio social; con la construcción de otro mundo posible.

Este compromiso institucional, ético y profesional no será posible sin lo que Ellacuría llamaba la "mística universitaria". La mística universitaria supone, ante todo, vocación universitaria. Esto significa que los miembros de la comunidad universitaria están llamados a participar por vocación desde sus diferentes "saberes y experiencias" de la misión de la universidad.

En tal sentido, esta vocación y compromiso institucional están directamente vinculados con la comunidad universitaria, es decir con el conjunto de personas que trabajan en ella, que enseñan, investigan, administran, etc. Cuanto más identidad tienen las personas con la universidad, mayor posibilidad de que ésta cumpla su vocación institucional. La vocación de la universidad entonces demanda de que los miembros que la conforman también tengan y consoliden su vocación profesional. Vocación, identidad y sentido de pertenencia son elementos claves que las universidades deben fomentar y construir para poder responder a los desafíos que le impone la realidad social, económica y política.

En el mundo cultural actual donde la lógica prevaleciente está expresada por acciones utilitaristas e individualistas, la vocación universitaria y por ende la vocación profesional deben ser parte vital del proyecto fundamental de vida de cada miembro de la comunidad universitaria. De lo contrario, los profesionales podrían actuar en función de lo que reciben o podrían recibir en términos de remuneración económica, asumir fundamentalmente una lógica contractual con la universidad y conformarse con buscar única y principalmente el beneficio personal.

La vocación universitaria, a su vez, debe orientar y motivar la vocación profesional. En tal sentido, la principal motivación debe estar orientada a aportar a través de la investigación, la enseñanza y proyección social universitaria sobre la sociedad los conocimientos y experiencias necesarias que contribuyan de manera eficaz al cambio social desde la especificidad e interdisciplinariedad de todas las áreas del saber científico existentes en Latinoamérica y el Caribe.

La labor universitaria comprometida con el cambio social nunca será recompensada en términos de prestaciones materiales, tal como lo pueden ser otros trabajos profesionales, aunque tiene en sí misma —o puede tener— otros tipos de compensaciones, como lo es el conseguir el máximo perfeccionamiento intelectual, la contribución en la formación humana de miles de universitarios y la proyección sobre la sociedad sin las limitaciones éticas que esta proyección puede tener en otras actividades políticas, como las de un partido político, o económicas, como las de las empresas.

La mística universitaria exige no sólo una vocación universitaria genérica, sino un compromiso muy especial con las mayorías pobres de nuestros pueblos. Este compromiso fundamental hace de la mística universitaria una mística muy especial expresada en el trabajo de aquellos miembros de la comunidad universitaria que están convencidos de que su autorrealización personal pasa por el trabajo constante y efectivo en favor con los más necesitados, “la de aquellos —como decía Ellacuría— que desde una inspiración cristiana entienden que es más feliz el que da que el que recibe, el que sirve que el que es servido, el que busca la liberación de los oprimidos y anuncia la buena nueva a los pobres” (Escritos Universitarios, UCA Editores, 1999, p. 269).

Así entendida, la mística universitaria exige cierto grado de exclusividad, a la que hay que entender, por un lado, como un esfuerzo por dar todas las energías profesionales al trabajo encomendado dentro de la institución; y por otro, como una forma de autonomía por la que se evita toda subordinación del trabajo universitario a un trabajo político partidista, gubernamental o empresarial. Es muy difícil compaginar una dedicación total a la universidad con otras dedicaciones que atienden al mismo propósito desde otro tipo de organización. Es difícil mantener fidelidad a la misión de la universidad si se subordina esa fidelidad a intereses distintos de los que mantiene la institución.

Y es que si se pretende el cambio social es necesario una inteligencia libre y crítica y la libertad y criticidad de la inteligencia no

se logran más que tras un arduo trabajo intelectual, aunque no sólo intelectual. Se necesita también un trabajo comprometido de la inteligencia que supone un gran amor a la vida, a la justicia, a la verdad y desde estos valores una opción con los pobres, marginados, excluidos de este mundo y el coraje para soportar las dificultades que acarrea la configuración del trabajo intelectual desde las exigencias intrínsecas al cambio social y a la construcción de otro mundo posible.

Evidentemente, la fidelidad y exclusividad a la universidad no implican sometimiento ciego a la institución y menos a las autoridades que la administran; no están reñidas tampoco con el pluralismo ni con el máximo de participación en las políticas que la universidad promueve. Con lo único con lo que están reñidas, afirmaba Ellacuría, es con rendimientos mediocres y compartidos o con subordinaciones a otras instancias externas a la universidad, sean estas políticas o sociales.

Esta mística universitaria exige, finalmente, un trabajo esforzado, en condiciones económicas difíciles. Es imposible que los miembros de la comunidad universitaria no sientan la presión, común a casi todos los salvadoreños, latinoamericanos y caribeños, que obliga a vivir cada vez más austeramente.

De cara a estas exigencias, el logro de esta mística supone una liberación que debe hacerse por parte de la comunidad universitaria. Si esta comunidad, afirmaba Ellacuría, "reproduce los intereses del sistema social imperante y de las minorías dominantes, poco se podrá esperar del trabajo universitario. Si los estudiantes acuden al recinto académico para lograr un puesto dominante y lucrativo en una sociedad injustamente estructurada... si, lo que es peor, los profesores acuden a la universidad con las mismas disposiciones e intereses con que otros profesionales acuden al mercado de trabajo, entonces, bien poco será lo que se pueda hacer. Si ni ellos ni la universidad como un todo están liberados de los préstamos que hace la sociedad para obligar a sus miembros a someterse a sus demandas, la batalla por ponerse a favor de las mayorías populares

está perdida, por mucho que se utilicen lenguajes encendidos y demagógicos de liberación y de protesta” (Escritos universitarios, op. cit., p. 217).

La mística universitaria así entendida supone una buena dosis de ascética y de idealismo en la comunidad universitaria. Esto es posible, “porque en el trabajo universitario hay una gratificación intrínseca, que nace de la posibilidad de autorrealización interior, de la posibilidad de donación de sí mismo, de la posibilidad de creación personal, de la posibilidad de reproducirse en los seres humanos del mañana. Si una de las posibilidades del trabajo, tal como hoy se ejecuta, es la de obtener un espacio de ocio, eso que se llama profundamente tiempo libre, debe decirse que el trabajo universitario ya es, en sí mismo, o puede convertirse en ocio creador, en tiempo libre, en vida privilegiada, que si no da esa sustancia universal, esa materia prima de nuestro tiempo, ese equivalente general, que se dice ser el dinero, da, en cambio, realidades de mucho mayor peso, capaces de proporcionar lo que el dinero no puede dar” (Ibídem).

La universidad comprometida con el cambio social ha jugado un rol clave en el desarrollo de las sociedades, sobre esto no hay lugar a dudas, sin embargo, el compromiso ético con la búsqueda permanente de la verdad, la justicia y la paz, le demandan a estas universidades cultivar la mística universitaria y promover con creatividad e innovación la producción de “conocimiento” que oriente e ilumine la construcción de otro mundo posible. En esto radica la auténtica vocación universitaria. Aquí radica uno de sus principales desafíos. Y en el silencio de las víctimas e inocentes de este mundo desigual e injusto descansa la esperanza de llegar a forjar la nueva era de la humanidad solidaria.